

CARMEN P. RAMIREZ

CARMEN P. RAMIREZ

PINTURA Y DIBUJO

«ALEGORIA ARQUITECTONICA»

6 OCTUBRE - 31 DICIEMBRE

1992

SALA JUANA FRANCES

CASA DE LA MUJER

D. JUAN DE ARAGON, 2 (PZA. STA. MARTA) • TEL. 39 11 16

El estímulo y la difusión de la obra plástica realizada por mujeres es un objetivo de promoción que ha encontrado en la Casa de la Mujer un marco idóneo.

La Sala Juana Francés inicia su cuarta temporada, 92-93, con el trabajo más reciente de Carmen P. Ramírez. «Alegoría Arquitectónica» es el título de esta muestra, dibujos y pinturas, que enlazan con el trabajo realizado en su última exposición. Continúa con temas arquitectónicos, urbanos o rurales y un colorido más neutro, comprimidos en formatos horizontales.

Deseamos que el interés de esta exposición contribuya a consolidar un espacio cultural con señas de identidad propias.

EMILIO ALFARO GRACIA
Tit. Alcalde Delegado del Área
de Acción Social y Salud Pública

OCTUBRE-92

ACERCA DE UNA PINTORA Y DE LA ARQUITECTURA QUE NOS ENTORNA Y DEFIENDE

El estudio es bastante amplio y guarda un orden relativo, al menos si hemos de contrastarlo con tópicos como el artista bohemio y otras músicas en uso o en desuso. Su propietaria presenta también un pulcro aliño indumentario, de ninguna manera inhábil o artificioso. Todo, el espacio mismo con su segundo término en penumbra; las dos ventanas a la calle, luminosas, o el pavimento, ni viejo ni excesivamente cuidado, de aire impersonal como el mobiliario, resulta un tanto frío y distanciador; pero sin notas de purismo, sin pujos conceptuales. Pinceles limpios, pocos objetos y algunos libros y catálogos. Además de los cuadros, con notable calidad y enjundia, desde luego. Es difícil descubrir un *hobby* o residuos de la memoria. Sólo más tarde, entre las imágenes y las palabras, aflora el gusto por la arquitectura y por el paisaje humanizado en conjunto, urbano o campesino, más que por los personajes que lo pueblan, aunque acaso éstos gocen de un protagonismo secreto.

Claro que las fachadas, rostro de las viviendas, a manera de máscara teatral en la que se detiene la curiosidad inquisitiva, también tienen sus ojos y su boca, sus ventanas y puertas, sus zaguanes, patios y escaleras que conducen a no se sabe qué misterio. Así nos lo refieren tanto los dibujos como las pinturas de Carmen Pérez Ramírez quien, desde hace tiempo, se entrega a esos temas arquitectónicos. Lo vimos ya a comienzos de 1991. Y su muestra de entonces se continúa directamente con el trabajo de hoy. Incluso la paleta, densa en grises y ocres o pardos, parece aún semejante. De la suma actual, a través de la omnipresencia de elementos arquitectónicos descritos en tonos más bien neutros, cabría pensar que se queda en desarrollos formales rígidos. Pero no es así. Por lo que a forma se refiere, se inmiscuyen en sus trazados las vibraciones de luz con una dinámica de estirpe

futurista, hasta entregarse a una especie de rayonismo. Se rompe de este modo la geometría o, al menos, la rotunda frialdad de los conceptos.

Cuentan, además, los intencionados y eficaces contrastes. Respecto a notas anteriores, por lo que recuerdo ahora, quizás hayan disminuido los choques de color, para aumentar, en cambio, los que provienen del claroscuro. También se conjugan las diversas líneas, curvas y rectas, dentro de una tendencia panorámica que prefiere el dominio de formatos horizontales, con ocasionales perspectivas extrañas. Tras el primer examen deberíamos preguntarnos por el origen de esos dardos de luz o por el sentido último de las arquitecturas sin moradores. Y tal vez la afición a la fotografía nos diese algunas pistas de interés. Un recorrido por las viejas casas de pueblos abandonados trae incidencias de la luz sobre la maleza con gestos parecidos a los que luego rompen los aplomados muros de Carmen Pérez Ramírez. Mientras el paseo por la ciudad nos proporciona planos con huecos sugerentes, tras los que se oculta la vida cotidiana.

Relámpagos de sentimiento se agazapan tras los alzados y perfiles que se tiñen de inquietud bajos los últimos brillos del crepúsculo. La entrada en los ámbitos oscuros ha de conducirnos, a fin de cuentas, hacia la claridad, como el descenso por los pendientes escalones pudiera convertirse en ascenso místico para los ya iniciados. Lo visible se mezcla, en fin, con lo recóndito, con lo que palpita en los recovecos del alma, que lo que espera en las tinieblas, con lo que está detrás de los disfraces de cada día. Los motivos que se recogen en la calle tienen también su genio y su espíritu. O el nuestro se proyecta sobre ellos, por volver con un descubrimiento renacido en lo exterior, ajeno, mágico y entrañable.

Angel Azpeitia
Presidente de la Asociación Aragonesa
de Críticos de Arte

RECUPERACIÓN DE MUGGIA, 1990
Carbón / Sanguina / Pastel, 100 x 42 cm.



DENTRO DEL AULIÉE. 1991
Carbón / Pastel, 65 x 25 cm.



LA PÚRPURA DE LAS PIEDRAS, 1992
Acrílico / Papel, 188 x 78 cm.



ECOS DE LA ARQUIVOLTA, 1992
Acrílico / Papel, 158 x 75 cm.



Prologar una muestra pictórica es una tarea ardua que, como todo el mundo sabe, invita al exceso. Lo más arriesgado de esta clase de empeño es intentar explicársela al incierto espectador. Así, se le avisa del argumento si es que hay un argumento dominante; o se le describen los procedimientos de que se ha servido el artista, lo que no deja de ser pedagógico e inútil; o se incurre en un manifiesto arrebatado en el que se prodigan sentimientos y adjetivos cromáticos no siempre coincidentes; o se urden enunciados teóricos previamente dispensados por otros prologuistas junto a datos biográficos reclutados del autor por el palabrista. Pero toda obra de creación es antes que nada un objeto «caliente» que, en su inmediatez, rehúsa cualquier mediación. Su vero secreto radica en su capacidad de conmovernos; de colgarnos, imantados por su magia.

Dicho lo anterior, me siento obligado a desdecirme en parte, y puesto que me hallo frente a un espejo múltiple —estos diez trabajos sobre papel, de Carmen P. Ramírez—, y toda vez que experimento una sincera atracción por el haz de imágenes que se me opone escrutaré hasta donde me sea posible en su asunto, desde la ventaja que me otorga el no saber apenas de la artista. Este desconocimiento al que me refiero, que es distancia, quizá favorezca, paradójicamente, cierta cercanía hacia su obra, sin demasiados datos o prejuicios que la ofusquen.

Diré que su visión me dispensa un panorama recurrente de arquitecturas, cuya exigente geometría de volúmenes —estructurada en cubos, pirámides, formas cilíndricas— compone un ritmo de «perspectivas ciudadales». Se trata de un ritmo prieto, tenso, anfractuoso, que vale por sí mismo, por lo que tiene de ritmo, y por la desazón a que invita, y no sólo por lo que representa: esos muros, arcos, puertas, ventanas; esos templos, silos, palacios, casas; las plazas esas, las calles, los callejones sin salida, las rondas que te ronda. De la enumeración precedente se sienta el

carácter figurativo de estas presencias o representaciones. Pero su figuración es engañosa; no remite, me parece, a ciudades con nombre; ni evoca, necesariamente, lugares asistidos, casas que hayan sido, alguna vez, habitadas. Reconocemos los objetos por sus formas; no por los nombres que los hacen discretos. Esta geometría, digo, no guarda relación alguna con la experiencia biográfica; está, deliberadamente, desprovista de anécdota; su formalismo constructivo tiene más que ver con la experiencia del Arte y con oscuros arquetipos que la historia y la escuela nos han transmitido. No quiero decir, en ningún caso, que esté desprovista de subjetividad: hay sentimientos, y muy personales, que ayudan a disipar la geometría apoyados por un dramatismo romántico que se decanta hacia los grises, los ocre, los óxidos, y que apacigua —¿o enfebrece?— la excitación, la agresividad de esas formas angulosas, de esos ritmos sincopados a los que no parece importar el paisaje, la naturaleza. La cualidad expresionista queda, así, exaltada; y hace que el espacio se torne irreal, de una definición fantasmagórica que invita a la sinestesia: siento crujir estas bóvedas, entrechocarse esas diagonales, bajo un cielo abigarrado que, de la parte superior del encuadre, se desploma y acentúa el carácter opresivo de estas panorámicas —la preferencia de la pintora por los formatos horizontales y de gran tamaño comprime más, si cabe, los sentimientos expuestos.

Poco cielo arriba, y no obstante su escasez pesa como un agravio, se abate como crepúsculo o pájaro de presa sobre estas máquinas urbanas en las que toda humana presencia ha sido abolida. Siento como si estuviera ante el decorado de una película muda, ante una atmósfera enrarecida, ante el documento —¿premeditado?— de estas ciudades que nos deshumanizan. Abandonad toda nostalgia. Sólo oigo un grito, ahogado por las aristas, de estas sedes que ya no nos pertenecen. El horizonte cuadrado de la Máquina.

José A. Rey del Corral

EXPOSICION

Pintura y Dibujo
«Alegoría Arquitectónica»

Período
6 octubre-31 octubre

Espacio
Sala Juana Francés

Patrocina
Area de Acción Social y Salud Pública
Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza

Organiza
Casa de la Mujer

Dirección y Coordinación
Equipo 4N

CATALOGO

Textos
A. Azpeitia
J. A. Rey del Corral

Fotografía
E. Guillén

Diseño Gráfico
M. Solanilla

Fotomecánica
Cromscanner

Fotocomposición
Dos Mil Uno, S.L.

Imprime
Sansueña Industrias Gráficas, S.A.

Depósito Legal
Z-2255-92



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

ÁREA DE ACCIÓN SOCIAL Y SALUD PÚBLICA

SERVICIO DE ACCIÓN SOCIAL